

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 30 DE MAYO DE 1909

NÚMERO 74



EL PRIMER RELOJ

(CONCLUSIÓN)

Mañana fueron despertados los dioses por expreso mandato de Júpiter, y he aquí la razón de su curiosidad y movimiento, pues desde la tarde anterior no sabían ni lo que iba á suceder ni en qué momento vivían.

Ayuntamiento de Madrid

Luego de la llegada de los centauros, la Fama, con su larga trompeta, convocó á todos los habitantes de la augusta mansión, los que una vez reunidos en torno del templo, se dispusieron á presenciar algunos acontecimientos de los que hicieran época.

Júpiter Tonante apareció en las gradas rodeado de su brillantísima corte; los cíclopes, al hombro sus pesadas mazas, daban la guardia de honor, mandados por Hércules; unos centimanos espantaban con sus múltiples manos, armadas de pintorescos abanicos, las moscas y bicharracos, que ya empezaban á molestar por aquellos días, mientras el dios Pan tocaba delante de todos la Marcha Real en su siringa.

Sentado Júpiter y hecho el silencio, dijo con voz que ponía los pelos de punta:

—¡Dioses! Ya sabéis sobre poco más ó menos lo ocurrido. Saturno, no contento con las atrocidades cometidas en su juventud, de las que me libré gracias al amor de mi madre, la Cibeles, que le dió á comer una piedra en lugar de mi divina persona, y sin apreciar mi bondad, que le condenó tan sólo á contar el paso del tiempo, en lugar de haberle convertido, como se merecía, en gato de casa pobre, rompió ayer el reloj de arena confiado á su custodia, y á no ser por Helios que nos alumbraba estaríamos sin saber si era de día ó de noche. Esto no puede continuar, y es preciso que alguien nos dé la solución. He mandado venir á mis amadas hijas las Horas para que nos presenten su concurso, y antes de que la noche abandone el Averno, ha de quedar esto arreglado. ¡O juro por mi abuelo Urano que suelto un puñado de rayos y todo se lo lleva la trampa! He dicho.

Como el asunto no era para echarlo á broma, quién más, quién menos dióse á cavilar el medio de salir del apuro.

El sol estaba próximo al ocaso cuando llegaron las Horas conducidas por la diosa Temis, su madre, la que ofreció, enterada del conflicto, solucionarlo en seguida.

Hizo colocar una plancha de mármol blanco encima del arquitrabe en el frontispicio del templo que miraba al Sur, teniendo á su lado izquierdo el Occidente, á su derecha el Oriente y el Septentrión á su espalda. Una vez colocada, sacó de la aljaba de Cupido una flecha de oro, y la clavó en el centro de la parte superior de la plancha, perpendicular al plano de la fachada; después ordenó el reposo.

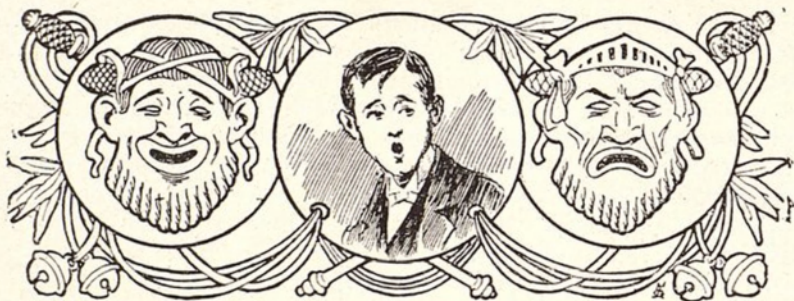
Antes que la luz del amanecer hiciera palidecer las estrellas, Temis, acompañada de sus hijas y rodeada de todos los dioses, esperaba frente al templo la aparición del rubicundo Febo. Asomó, al fin, por Oriente su hermosa lumbre, y la flecha pintó sobre la plancha su sombra en dirección al Oeste; á medida que el sol se fué elevando, la sombra se inclinaba marcando un semicírculo perfecto, quedando perpendicular al suelo cuando el astro del día alcanzó el punto más elevado del Zenit, y marcando su silueta en dirección del Oriente cuando el sol se ocultó por el extremo opuesto. Tres puntos fueron señalados en el mármol, la primera y última sombra y la del centro; trazó

un arco de círculo sobre el imaginario que la sombra dibujara, y dividió en seis partes cada uno de sus lados, hallándose con un total de doce divisiones, á las que dió el nombre de cada una de sus hijas, pudiendo el alto Olimpo contar desde aquel día con un cuadrante perfecto, con un horario seguro, en que sólo intervenía el astro rey.

Saturno halló la manera de construir otro reloj de arena, pero ya desprestigiado por su imperdonable olvido, sólo se le consideró como un atributo á su deidad, y con él, y la recompuesta guadaña, vaga por el Olimpo, sin que nadie se tome la molestia de fijarse en su persona desde que Temis inventó el primer reloj.

FRANCISCO BARRAYCOA.





EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

ESCENA V

DICHOS é ISIDORA

ISID. Nada, señorita. No puedo encontrar á Antolín por ninguna parte, y como se ha llevado las llaves...

CAROL. ¿Qué diversión! Por ese zopenco tendremos que merendar pan solo...

ISID. Venid conmigo. (*A los niños.*) Mi hermana me ha traído unas rosquillas y otras frioleras del pueblo, que puede que os gusten.

CAROL. ¡Ay! Sí, sí,

TEOD. ¿Y qué son las frioleras?

ISID. Ya lo veréis; venid conmigo.

SRA. Pero se va usted á privar de ello.

ISID. Señorita, por los niños lo hago yo con mucho gusto.

SRA. Gracias, hija, gracias. ¡Qué buena es esta muchacha! (*Isidora sale con los niños.*)

ESCENA VI

LA SEÑORA DE PÉREZ y ANTOLÍN

SRA. Siempre dispuesta á complacer y siempre intercediendo por sus compañeros para que no los regañen. Indudablemente esta chica tiene muy buen fondo. (*Antolín entra y se dispone á arreglar la vajilla*)

SRA. ¡Gracias á Dios, hombre! ¿Dónde has ido?

ANT. A buscar la merienda de los niños...

SRA. ¿Y cómo no le ha encontrado Petra?

ANT. No sé, señorita. Yo no la he visto.

SRA. Antolín, no busques disculpas tontas.

ANT. Señorita...

SRA. No me gustan las mentiras. ¿Por qué no has dejado sobre el aparador la merienda de los niños como se te había mandado?

ANT. Si es que...

SRA. ¿Qué? ¡Vamos á ver! ¿Qué?

ANT. Que la he dejado allí como me mandaron.

SRA. ¿Dónde es allí?

ANT. En el aparador.

SRA. ¿Y qué es lo que has dejado en el aparador?

ANT. El plato de cristal con los dulces, seis bizcochos, dos naranjas y dos panecillos de Viena.

SRA. ¿Pero no comprendes que si lo hubieras dejado, según dices, los niños lo hubieran encontrado allí todo? Pues no han encontrado nada. ¿Cómo se explica esto?

ANT. No sé, no comprendo.

SRA. ¡No sabes nunca nada! ¡No comprendes nunca nada! Y esto no puede seguir así. Yo si comprendo, ¿sabes? Comprendo que se te ha olvidado disponer

la merienda como se te olvidan una porción de cosas, y al querer disculparte te haces un lío. Te he dicho que no me gustan las mentiras, y te lo vuelvo á repetir. La confesión de una falta puede movernos al perdón, pero los embustes la agravan más todavía. Que no se te olvide. *(Sale la señora.)*

ESCENA VII

ANTOLÍN

Pues no lo comprendo... y no lo comprendo. ¡Ea! Y yo me llevo las culpas y yo no tengo la culpa. Estoy muy cierto de que he dejado en el aparador la merienda de los niños. Me parece que la estoy viendo. ¿Qué ha pasado para que desaparezca? ¿Se la habrán comido los niños, y lo negarán para que les den más? No; los niños no son malos y no son capaces de hacer que á mí me regañen sin motivo. ¡Pobres chicos! ¡Les estoy levantando una calumnia! Pero ¿cómo ha sido? ¡Es para volverse loco! Y ahora que me acuerdo... No es la primera vez que me pasan estas cosas. No, señor. La otra tarde una botella de Málaga, casi llena. Y el azúcar que quedó después de servir el té. Sí, sí. Aquí suceden unas cosas muy raras. ¿Será...? No; tampoco lo puedo creer. Yo me porto bien con ella, hago todo lo que me manda, la ayudo todo lo que puedo... Isidora no iba á ser tan mala conmigo. ¿Qué daño la he hecho yo para que ella trate de perjudicar á este pobre huérfano? Y, sin embargo, la verdad es que me da muy malos consejos. Si yo los siguiera me iría bien, quizá, con los compañeros; pero tendría que avergonzarme delante de la señora, delante de don Donato, mi protector, y no estaría tranquilo

¡Yo que tantas veces juré á mi pobre madre ser siempre honrado como mi padre, iba á ser un... un ladronzuelo! ¡Qué horror! ¡Protejedme, Dios mío! Madre de mi alma, ruega por tu pobre Antolín que está solo en el mundo, abandonado de todos. *(Llora.)*

ESCENA VIII

ANTOLÍN, CAROLINA y TEODORO

TEOD. ¿Qué te pasa, Antolín, que pones esa cara tan rara?

CAROL. Es verdad, Antolín, ¡qué feo te pones! ¡Pero si es que está llorando!

TEOD. ¡Anda salero! ¡Un criado llorando!

CAROL. ¿Por qué lloras, Antolín?

TEOD. ¿Por qué lloras, Antolín?

ANT. No es nada. Nada. ¡Una idea que pasó!

TEOD. ¿Qué idea? Cuéntanos la idea.

CAROL. ¡Será una idea muy triste...!

ANT. Las ideas de un pobre huérfano solo en este mundo no pueden ser muy alegres. No tiene nadie que le consuele, nadie que le defienda.

CAROL. ¡Pobrecillo Antolín! Yo te consolaré.

TEOD. Y yo te defenderé. ¡Pues no faltaba más! ¡Pobrecillo Antolín!

ANT. Gracias, mil gracias.

CAROL. Yo diré á mamá que no te regañe nunca.

TEOD. Y yo la diré que no te hagan trabajar, ¿quieres?

ANT. ¡Oh! No, no. Yo no quiero ser un holgazán; yo deseo ganar el pan que como; pero es que vuestra mamá cree que soy un embustero. Que no hago las cosas, y miento luego para disculparme. Y eso no es verdad, y eso me da mucha pena.

CAROL. Yo se lo diré á mamá ahora en paseo. No te apures.

TEOD. No te achiques, Antolín, que todo se arreglará.

Continuará.



RELATOS DE CAZA

TRABAJO PERDIDO

Iba Mahomed con su escopeta al hombro, cuando al llegar á las frescas márgenes del Nilo notó en ellas las huellas claras y precisas de varios antilopes que, sin duda, habían estado allí bebiendo agua. En vista de esto, determinó quedarse y esperar hasta el anochecer por si los animalitos volvían, y poder obsequiarlos con unas certeras balas. Era el lugar muy apropiado para una emboscada. Grandes y gigantescos árboles, cruzando sus ramas, formaban una verde techumbre; hermosas palmeras se balanceaban al impulso de la brisa, agitando sus racimos de dátiles; disformes hierbas y arbustos cubrían el suelo, y en medio de ellas, los espinosos cactus se erguían fuertes y bravíos...

A gazapóse Mahomed junto á un robusto tronco y esperó pacientemente á que las horas se fueran pasando. A pesar de la sombra de los árboles, el calor se sentía bastante. Brillaba el sol con una cegadora intensidad, y sus rayos, al caer sobre el ancho Nilo, parecían poner en la espuma de sus ruidosas ondas flecos de plata derretida. Cuando, pasadas ya dos ó tres horas, el sol traspuso la cima de una lejana sierra; cuando el cielo se cubrió con una opalina claridad y todo el

valle se sumió en una fresca y grata penumbra, he aquí que Mahomed sintió un ligero rumor procedente de la maleza y que, al poco tiempo, abriéndose ésta frente á él, vió salir un hermoso antilope. Este, al verse al descubierto, se detuvo, levantó la cabeza y tomó el viento que, traidor, no le avisó la presencia de su enemigo. En seguida se acercó á la orilla, y cuando, confiado y tranquilo, metía el sediento belfo en la fresca corriente, Mahomed disparó hiriéndolo gravemente. El animal, loco de dolor y de sorpresa, se lanzó al agua y empezó á nadar con todas sus fuerzas sin separarse apenas de la orilla, y Mahomed salió de su escondrijo y corrió por entre las tupidas y altas espadañas esperando á que el desventurado antilope tomara tierra para rematarlo. Era tan importante la herida que éste recibiera, que no podría resistir mucho tiempo aquel violento ejercicio. Su lomo casi desaparecía bajo las espumosas ondas; sus patas delanteras agitábanse sin energía, erguía el cuello y movía la fina cabeza á uno y otro lado, como pidiendo auxilio al cielo y á la tierra que se le mostraban hostiles. De pronto vió Mahomed que se lanzaba hacia la orilla, y que antes de tocarla, se



alejaba dando sobre las aguas extraños tumbos... ¿Qué pasaba...?

Acercóse el cazador precipitadamente, miró, y en medio de un rolino de blanca espuma, contempló á su víctima que, viva todavía, se crispaba entre las disformes fauces de un espantable cocodrilo...

Mahomed lloró de rabia al ver perdido su trabajo y, dirigiéndose al temible saurio, exclamó:

—¡Maldígate Aía por ladrón...!

JOSÉ A. LUENGO.

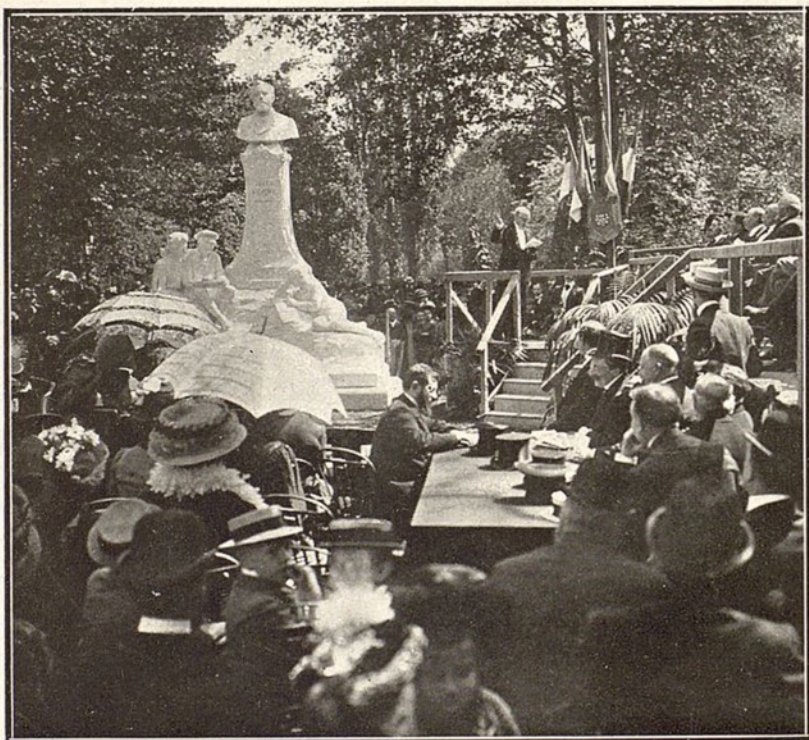


LA DEFENSA DE PANTIN

Fué uno de los episodios más interesantes de la guerra sostenida por los franceses contra Europa coaligada. Los aliados entraron dos veces en Pantin, y otras tantas fueron expulsados por sus defensores, que, orgullo-

so de su victoria, lanzáronse en su persecución; pero se vieron forzados á replegarse otra vez en el pueblo, donde realizaron grandes, aunque inútiles heroísmos.

Ayuntamiento de Madrid



UN MONUMENTO A JULIO VERNE

Los franceses, que son amantes como pocos de las glorias nacionales, han dedicado un monumento á uno de los novelistas más simpáticos del pasado siglo: el popular Julio Verne.

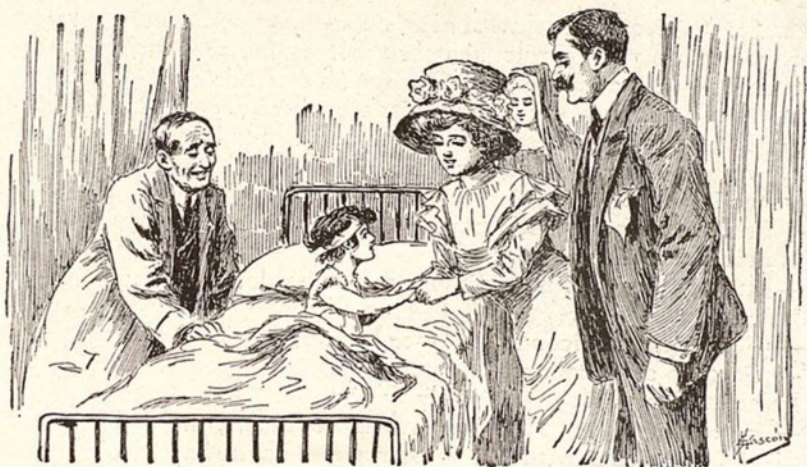
Este nombre no será seguramente desconocido para nuestros pequeños lectores, pues casi todos habrán pasado muy buenos ratos con las obras de aquel escritor.

¿Quién no se acuerda de *Los hijos del Capitán Grant*, *De la tierra á la luna*, *veinte mil leguas de viaje submarino* y tantas otras obras, hijas de su prodigiosa fantasía?

Julio Verne cultivó un género muy á propósito para los niños, puesto que en sus novelas, aparte del interés natural, se encontraba el lector curiosas noticias científicas de las que no se olvidan cuando se aprenden de una manera tan agradable.

Era un novelista muy del gusto de la infancia, pero también le leyeron los hombres hechos y derechos; gozó, pues, de gran reputación, y su memoria merecía el recuerdo que su patria le ha dedicado.

El monumento á Julio Verne está en Amiens, y su inauguración fué una solemnidad.



LAS BONDADDES DE NINI

XXVIII

Abrí los ojos, y resultó que estaba en la cama, y á un lado tenía á la madre Rosario, y á otro á mis papás y los abuelines. —

—¡Huy, qué gusto!—dije,—¿ya estáis aquí! ¿Cuándo habéis venido? ¿Cómo es que estoy en la cama...? ¡Ay, me duele la frente...! ¡Atizal! ¿Por qué tengo este trapo en la frente...?

Mamá, papá y los abuelitos me daban besos... muchos besos... ¡una atrocidad de besos!, y mamá me dijo:

—Hijita mía, mi querida Nini, nos has dado á todos un susto atroz; y á las pobres madres también; y á la pobrecita Luz, una atrocidad; y todo por ser mala. ¿Cuándo te enmendarás, queridísima nenita—dijo uno de los abuelitos, y el otro añadió:

—Nini, ¡si pareces un chico travieso! ¿A quién se le ocurre subirse por los árboles como un muchacho?

—¿Pero qué ha pasado?—pregunté.

—Casi nada—respondió papá,—¡una pequeñez!, ¡una monada de la señorita Nini! Qué te subiste al árbol, que se tronchó la rama, que te caíste y te abriste la cabeza, que al caer diste con un pie á Lucecita y la hiciste echar mucha sangre por la nariz...

—No, no—dije,—eso no es culpa mía; ya sabéis que yo tenía un río de agua en los ojos; la doncella un río de sangre en la frente, y Luz se conoce que tendrá el río en las narices...

—Nada de ríos—siguió diciendo papá,—aquí no hay más río que el puntapié que la diste al caer; la pobre niña se puso malita, y las monjas enviaron en seguida á buscarnos. Aquí tienes explicado lo que ha ocurrido, Nini. ¿Qué te parece á ti? ¿Qué castigo mereces?

—¡Anda salero!—contesté.—¡ninguno! Coger fruta no es malo.

Además, yo ni siquiera me había fijado en los árboles, pero la madre Rosario cuando yo la preguntaba por vosotros, me contestaba: «¡Pero qué hermoso está aquel cerezo!» Yo seguía diciendo que cuándo vendrías, y ella respondía: «¿Te has fijado en que aquellos árboles están llenitos de nueces y avellanas?» De manera que fué la madre la que me dió la idea de subir al árbol; ¿verdad, madre Rosario? ¿Verdad que yo no tengo la culpa?

—Pues tienes que pedirle perdón por el susto que la has dado—dijeron los abuelines.

—Bueno; mirar, eso no me importa; ¿me perdona usted, madre Rosario? ¿Sí? Gracias.

—¿Pero si no ha dicho que sí!—exclamó mamá.

—¡Pero yo se lo conozco en la cara.

La madre Rosario se echó á reír, y dijo:

—Sí que te perdono, Niní; no porque eres buena, ¡no!, sino porque eres lista, y yo sé que te vas á corregir; ¡me lo ha dicho el Niño Dios! Yo te perdono; pero es preciso que prometas no hacer ninguna otra barbaridad, porque hay que añadir que las colegialas se han encontrado sus mesillas de noche revueltas, y eso es obra de la señorita Niní.

—Lo que hay que hacer, en cuanto se la cure la herida de la frente—dijo mamá,—es que se acaben las contemplaciones, y en vez de dejarla jugar, ni de tener ciertas consideraciones, hacerla trabajar; que entre en las clases, madre Rosario; que empiece á estudiar, á coser, á estar ocupada, á ver si así cesa de idear travesuras

—¡Porque no sintiera mucho la separación siendo tan pequeña...!—contestó la madre Rosario

—Pues está visto que no se la pueden tener contemplaciones—dijo papá.

—Casi, casi, nos parece que será mejor que tenga sujeta la atención—añadieron los abuelos.

—¿Serás buena, Niní?—preguntó mamá.

—¿Queréis dejarme en paz, que quiero dormir...?—contesté.

MIRIA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





LA ESCULTURA

II

La escultura hoy en día comprende las diferentes ramas del arte, que tienen por objeto el reproducir las formas de los seres ó la ornamentación, valiéndose de materias más ó menos duraderas. Así, escultor es el que hace una estatua, pero también lo es el que labra la madera de modo artístico, adornando, por ejemplo, un mueble con motivos ornamentales.

La escultura se puede hacer dando á la imagen que se quiere reproducir el realce que tiene el original y aislándola de modo que la mirada la pueda abarcar por todas partes; ó bien dejándola unida á una superficie (plana, cóncava ó convexa) y, aun cuando la imagen tenga realce, no se pueda rodear con la mirada por todos los lados. De la primera manera se producen las estatuas y de la segunda los bajorrelieves destinados al adorno de los monumentos.

Estatua, propiamente dicho, es la representación de todo un cuerpo; se llama *grupo* á la representación de dos ó más figuras, y *busto* cuando sólo copia el escultor la parte superior del cuerpo humano, desde los hombros para arriba.

La escultura emplea distintas materias: el barro, la cera, el yeso,

Ayuntamiento de Madrid

la madera, la piedra, el mármol, el bronce, la plata, el oro, el marfil.

La que primero usó es indudable que fué la tierra mojada y hecha una pasta adherente, la cual se presta muy bien á la escultura por sus condiciones de baratura, por ser muy fácil de modelar dada su blandura, porque como tiene siempre algún color da más expresión á la obra y porque, además, poniéndola al sol, se seca adquiriendo una dureza que permite su conservación por mucho tiempo, como lo prueba el hecho de que se han encontrado (y se conservan en los Museos de Arqueología) en sepulcros asirios y egipcios estatuillas modeladas en barro que aún están en perfecto estado de conservación.

Este procedimiento primitivo de secar por medio del sol la obra hecha en barro, se empleó mientras los hombres no descubrieron el modo de darle dureza cociéndolo.

Más adelante, cuando el empleo de ciertas arcillas hizo que la superficie del objeto, una vez cocido, apareciese cubierta por una capa brillante y esmaltada, es decir, cuando la industria humana encontró el vidriado, se aprovechó este adelanto para las esculturas en tierra.

Las mismas ventajas que el barro presenta el yeso, aunque tiene el inconveniente grande de su extremada fragilidad y de secarse con demasiada rapidez. Su empleo en escultura es más para reproducir una obra hecha ya con otra materia, que para trabajar directamente sobre él.

Para labrar una cualquiera de las substancias antes dichas bastan los dedos, pues trátase de dar forma á cuerpos blandos y maleables; pero para esculpir en madera y piedra son necesarios ya otros medios que permitan vencer su dureza, y así han de valerse los escultores del escoplo y del cincel.

La escultura en madera se ha empleado mucho, y la mejor prueba de ello está en nuestras iglesias, en las cuales la ornamentación ha sido confiada casi exclusivamente á esa substancia de que están hechas casi todas las estatuas representando á los santos, las tallas de los altares, las sillerías de los coros, los púlpitos, los marcos en donde las pinturas están encuadradas y hasta las mismas puertas de los templos.

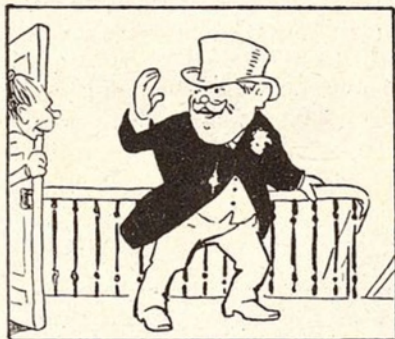
Las piedras, en general, en todas sus variedades, desde el granito al mármol, se usan en escultura.

Es un error muy extendido el de creer que el escultor hace la estatua directamente en el mármol, cuando ésta es sólo una copia hecha por obreros, y según procedimientos mecánicos, del modelo en barro ejecutado por el artista, del cual se sacan moldes en yeso que son los que los artífices copian. El escultor, una vez hecha por éstos la estatua, la corrige, la pule y la afina imprimiéndola el sello de su personalidad artística.

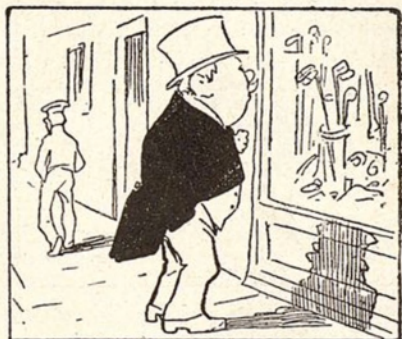
Lo mismo ocurre con el bronce: el escultor ejecuta su modelo en barro, de éste se saca un molde, dentro del cual se echa el metal fundido, quedando así hecha la estatua, que luego el artista lima y corrige, dando al metal el tono de color (pátina) que más se apropia á la figura representa

JUAN ANTON.

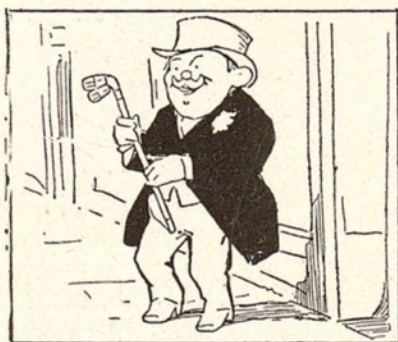
LAS COMPRAS DE D. SIMPLICIO



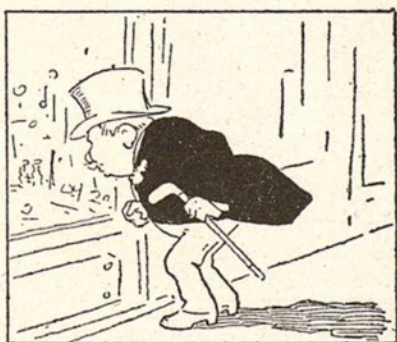
Don Simplicio, hombre original y caprichoso, salió de casa con la idea de hacer algunas compras de novedad.



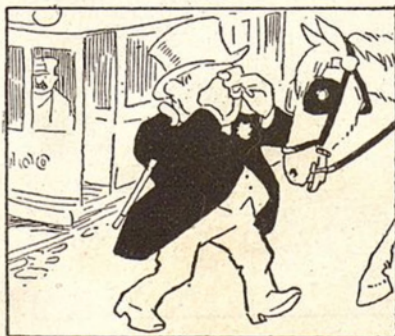
Lo primero que llamó su atención fué un precioso bastoncito con pitillera, fosforera y hasta esenciero.



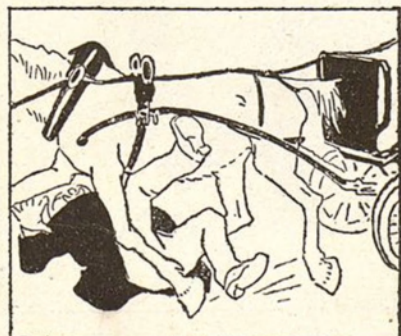
—¡Qué bonito y qué práctico!— exclamó al verse dueño de tan completo artefacto.



Después vió en un escaparate otro chisme muy útil, un antejo para evitar sorpresas.



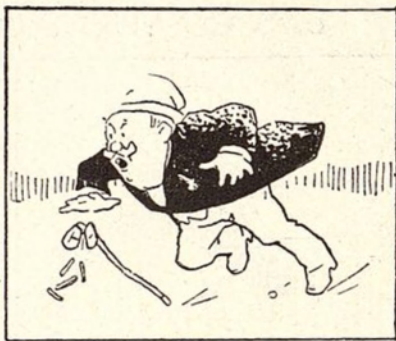
En efecto, aplicándolo á los ojos se veía perfectamente lo que venía por detrás.



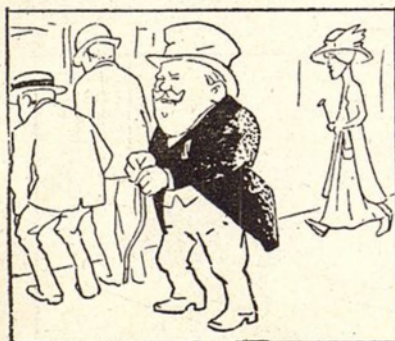
Y es claro, el hombre no se preocupó mucho ni poco de lo que venía por delante.



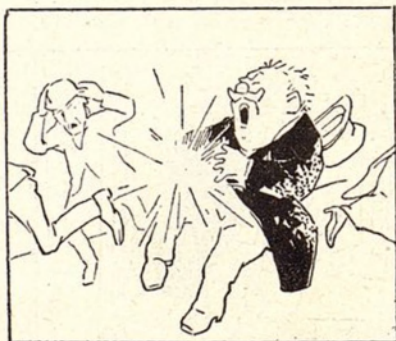
Algo mareado por el golpe, tuvo necesidad de apoyarse en el flamante bastón.



Pero á los pocos pasos el complicado mecanismo no pudo cumplir su verdadera misión.



Un poco desconcertado ya, continuó su camino, oprimiendo cuidadosamente el desvencijado puño...



¡Horror!, sin duda con el calor de la mano se inflamaron los fósforos... aquello parecía una bomba.



No se había repuesto del susto, cuando se vió prisionado y acusado de incendiario.



Y quedó encerrado en un calabozo hasta explicar para qué compró aquello... ¡Cualquiera lo adivina!